

Javier Ignacio Lux

**El señor de las mentiras
& otros relatos**

| Nass
| Papier
| Editorial

ÍNDICE

Prólogo

El penoso destino de Prometeo	II
-------------------------------	----

El señor de las mentiras & otros relatos

Javier Ignacio Lux

Susana o el fuego	17
Al borde	23
Animales salvajes	29
Morir	35
El señor de las mentiras	39
Accidentes	51
Amnesia	57
Dejaste salir a la víbora	69
Reencarnar	75
Rombos	83
Vibrar alto	87
La soledad de los satélites	99



PRÓLOGO

El penoso destino de Prometeo

Para mamá

La literatura es una disciplina tan compleja que el hecho de fracasar como escritor es, en cierta medida, un privilegio. Y es que, para fracasar, para caer en la miseria, para sentirse jodidamente frustrado, hay que intentarlo, y para intentarlo, a su vez, hay que renunciar a todo: trabajo, tiempo libre, familia, relaciones de pareja, amistades, y, sobre todo, a uno mismo. Te conviertes en lo que escribes. Eres lo que escribes. Escribes. Así de simple. No hay dignidad en este oficio, y es que, después de haber trazado la primera frase, y antes de terminar la última, te conviertes en un esclavo de la tinta: dejas de ser tú, y pasas a convertirte en alguien más. ¿Quién es el que redacta esas páginas que tanto te emocionan? ¿Eres tú, el otro o el que sueña despierto? He estado en la piel de estos tres hombres. He escrito por mí mismo, pues me gusta, me llena, y no hay nada más que explicar al respecto; también lo he hecho porque a veces no sé quién soy, y asumo el papel de otra persona: alguien carismático, alegre, radiante como el sol de enero, alguien que nunca llegaré a

ser; he escrito porque la lucidez no me ha dejado dormir ni descansar ni cerrar los ojos. No basta con sentarse en un escritorio, tomar café y escribir por horas; no, claro que no, hay que soñar, hay que abrir la puerta a los recuerdos, a las cicatrices y a los demonios.

Todo comienza con una imagen. Una imagen que nos pertenece únicamente a nosotros mismos. Ahí está lo que nos diferencia de los demás.

No. La mayoría de la gente no sabe lo que significa escribir, no tienen idea de lo agotador que es buscar la perfección, y, sin embargo, fallar en el intento. Una y otra vez. Como el primero de mis actos fallidos. ¿Tenía doce o trece años? ¿Cuánto daño llegué a provocarme? Ese fue el mayor de mis éxitos. Estuve al límite de la vida. Nunca fui tan feliz como cuando estuve cerca de la muerte; pero, en el fondo, quería volver, y lo hice, porque no me imagino un mundo sin música, sin notas de piano dando vueltas en mi cabeza, sin la batería retumbando como un insecto en una cajita de fósforos. Cuando mi cuerpo se haya ido, y solo queden mis huesos, y, tal vez, el recuerdo de una buena vida, quiero que todo se haga música: la, la, la en el piano, y la marea del saxofón replicando el sonido de las olas. Y es por eso mismo que empecé a escribir estos relatos: quería, de cierta manera, hacer música con las palabras, ya que mis manos son torpes, ciegas y frágiles; palabras que soy incapaz de pronunciar en el mundo real, y es que la timidez me consume, me deja sin aliento; he escrito lo suficiente como para saber que ya no recuerdo cómo hablar. Quizás lo hago porque tengo la constante sensación de que moriré pronto, en cualquier lugar, en cualquier momento, y, sin embargo, no aprovecho la

vida como debiese hacerlo: me encantaría salir, gritar de alegría, bailar en sitios calurosos, recorrer las secas carreteras de este país, mendigar por algo de agua, conocer lugares hermosos, temblar de frío, llegar hasta la cumbre del mundo, encontrar la flor de la vida; pero no, mi destino, al menos por ahora, está aquí, en el papel, en la mano que tiembla, en el esfuerzo que devora el alma. Tengo el don de la tristeza, y, por lo tanto, también poseo el de la poesía. Y si llego a fallar, y si el éxito nunca se posa de mi lado, y si estoy condenado a ser un individuo diminuto e invisible; bueno, en ese caso, lo aceptaré, y lo haré con gracia y devoción, y es que, al final, solo uno sabe lo que hay detrás de las cosas que nos llenan el alma. Que me recuerde quien me quiera recordar.

EL AUTOR